

## Déjà vu

Ese día, y no otro, tenía que ser, pensó, apenas abrió los ojos y vio la tenue luz que se filtraba en su ventana.

Ese día y no otro...

La frase continuó machacando en su cabeza hasta que salió apresuradamente y sin mirarse siquiera en el espejo del recibidor, como le gustaba hacer siempre, a modo de ritual, antes de enfrentar la calle. Su ansiedad no le permitió regalarse esos dos minutos indispensables para comprobar que todo estaba en su sitio.

En el autobús encontró al mismo hombre, en el mismo asiento, como todos los días desde hacía semanas, tan ensimismado en su lectura que muy pocas veces levantaba la vista del libro, al que parecía devorar.

Siempre tenía una sensación muy especial de conocerlo de algún sitio... ¿Esto sería tal vez un déjà vu, ese sentimiento de familiaridad y al mismo tiempo de extrañeza que a veces se produce, sin saber si proviene de un sueño o, tal vez, de vidas pasadas?

Lo extraño era que sus dudas se remitían no sólo a las causas de esas sensaciones que le invadían, inexorablemente, todos los días, sino por la repetición de sus sentimientos, considerando (con toda la lógica cartesiana estudiada en el bachillerato), que ese lector absorto e indiferente al mundo ya tendría que pasar desapercibido dentro de su paisaje cotidiano.

Entonces ese día, y no otro, era el límite que su timidez le permitía fijar para animarse, finalmente, a tomar la iniciativa de dirigirle la palabra.

Imaginando diversos escenarios posibles, ya había repasado varias veces las preguntas que podrían ser más adecuadas.

Al fin, decidió elegir la más obvia y sencilla, aún con la plena certeza de que la realidad jamás se adaptaría a su imaginación ni a sus más inquietos deseos.

Ese hombre, de edad mediana, algo tenía que ver con su vida, era seguro. Su presencia le traía demasiadas oleadas de recuerdos, aquellos habitantes etéreos resguardados por varias llaves en la bohardilla del inconsciente, esa caja de Pandora bloqueada hasta que alguien o algo precipitan su apertura.

- Perdón, señor,...-dijo, casi con el sonido de su pensamiento - me parece conocerlo de algún sitio- siguió musitando, con palabras en clave de secreto.
- El hombre, sobresaltado, cerró su libro circunstancial y acomodó sus gafas, buscando el origen de esos sonidos, como atisbando al horizonte.
- -¿Perdón por que?- preguntó, inquieto.

Entonces, quien preguntaba, se hundió en el azul intenso de sus ojos y comprendió que antes había navegado por océanos semejantes. Haciendo un esfuerzo para hacer audible su voz, le reiteró: - me parece que lo conozco de algún sitio... ¿como se llama Ud.?

- Yo soy Pedro- respondió el lector obsesivo, mientras miraba con mucha atención ese rostro inquisidor.

Pasados unos minutos que parecieron siglos, continuó:

- También tengo, ahora que me lo dices, esa sensación de familiaridad y, sonriendo, agregó:
- ¡Aunque te veo por primera vez es como si ya te hubiese conocido mucho antes! Tal vez eso se debe a que soy experto en fabricar recuerdos a partir de pequeños detalles. Siempre tengo la sensación de que ya he vivido casi todas mis experiencias...por eso estoy leyendo este libro sobre los "déjà vu" ¿Sabes lo que son?

Esa respuesta y esa pregunta le causaron gran impresión, su asombro era mayúsculo. Ciertamente, la realidad estaba superando todas escenas imaginadas, hasta las más estrafalarias.

El viaje no duraría para siempre (a pesar de que entonces sentía que el tiempo se había detenido). Mientras bajaba del autobús descubrió que Pedro seguía observándole con el mismo interés que antes destinaba a su lectura.

Luego, más tranquilo, trató de analizar detenidamente todos los detalles, las sucesivas sensaciones y las evidencias emergidas tras ese encuentro tan particular. Todo se repetía y era como un solo momento estático, una imagen muy cercana y a la vez desconocida. Todo era exactamente como fue antes o siempre había sido, pero ahora se agregaban el timbre de la voz, el brillo de los ojos y las opiniones de ese otro ser humano... ¿desconocido?

Al día siguiente, la ansiedad lo despertó más temprano, aunque esta vez ya no le preocupaba iniciar una conversación con aquel extraño-conocido. Mientras desayunaba, repentinamente pensó que todo parecía un sueño ¿era real aquel hombre llamado Pedro, con sus ojos tan azules? Sólo lo sabría si lo volvía a encontrar, se dijo, saliendo rápido al encuentro de más certezas, y preocupado, porque no habían acordado cuándo volverían a verse.

Subió al autobús con la ilusión de continuar la conversación del día anterior y vio con alivio que Pedro estaba, como de costumbre, enfrascado en su lectura, aunque esta vez sí levantó la mirada y sus ojos se encontraron, aún asombrados. Entonces se sentó a su lado, con la intención de reconstruir con sus preguntas el complejo caleidoscopio de imágenes, tan difíciles de describir y que, más bien, podrían compararse con un rompecabezas o con un puzzle de sueños y recuerdos.

Esa noche, el regreso a su casa resultó, más que otros días, la búsqueda del oasis hogareño, lleno de objetos conocidos, entrañables. Cada uno de ellos aporta un dato funcional, un indicio, un eslabón en la cadena de historias vividas, es testigo del pasado integrado en lo cotidiano para corroborar que aún estamos donde nos corresponde estar.

¿Será cierto que la realidad depende de cómo la miramos, que podemos trabajar nuestra mirada y de este modo alterar mágicamente las apariencias?

Porque repentinamente comprobó que todos esos objetos parecían nuevos, desconocidos, extrañamente instalados en sitios inadecuados para confirmar recuerdos. Ya no le daban ese efecto de seguridad y de resguardo que todo hogar debidamente constituido tiene la obligación de brindar.

En ese presente acuciante, esas cosas le alejaban de su historia, y para colmo, no dejaba de recordar al interlocutor de sus desvelos; el trabajo de reconstruir los acontecimientos entonces sólo le traía más inquietud y sensaciones confusas.

Para terminar de recorrer los muebles y adornos que habían ido marcando su trayectoria vital, faltaba mirar ese espejo, tan útil para comprobarse y aprobarse antes de enfrentar al mundo y que hacía tanto tiempo (ya no recordaba cuanto) que no consultaba. Era otro testigo siempre disponible para recordarle quien era y había sido.

Encendió la lámpara del recibidor y entonces aparecieron reflejadas las húmedas y familiares pupilas azules, cada vez más dilatadas y, poco a poco, la luz fue marcando los rasgos de Pedro, el lector del autobús, pero con muchas más arrugas. ¿Serían producidas, tal vez, por el asombro?